

clavados en vosotros : en el desierto se busca el camino mirando á las cimas ! »

XXXV

Este desafío de los Abutaleb y esta exhortacion del poeta ilustre de Yathreb á la concordia y á la tolerancia adormecieron las hostilidades armadas contra Mahoma. Los coraitas descargaron en los oscuros neófitos la rabia que abrigaban contra el profeta. Pero la derision , el desden , el epigrama lo asaltaron impunemente cuantas veces salia á orar , y aun dentro de su misma casa. Sus vecinos, que dominaban desde lo alto de sus miradores el patio interior de ella, le arrojaban inmundicias á la cabeza , cuando se recogia para hacer sus abluciones ó su oracion. Las mujeres , mas encarnizadas en el odio y mas flexibles á las insinuaciones calumniosas, se distinguian, porque estaban seguras de la impunidad , en sus innoles persecuciones contra el blasfemador de sus ídolos. Una de entre ellas, cuyo nombre ha guardado la historia, verdadera furia infernal de la Meca , era Oumm-Djemil , esposa de Abu-Lahab , el vecino mas

inmediato de Mahoma. Esta mujer iba todos los dias á buscar al campo las plantas espinosas , que ensangrientan la boca del camello , y las echaba todas las noches en el umbral de la puerta de Kadidje , á fin de que la misma tierra desgarrase los piés desnudos de Mahoma al salir de su casa. Hordas apostadas de mujeres y muchachos se relevaban para perseguirlo con sus maldiciones y sus gritos cuando atravesaba las calles y aun dentro del templo. Los grandes, reprimiendo su odio, se contentaban con alejarse de él como de un leproso , cuando cruzaba el pórtico de la Kaaba , lugar ordinario de su reunion. Un dia en que los murmullos fueron mas repetidos y fuertes que de costumbre , durante todo el tiempo que él empleaba en dar las siete vueltas al rededor del templo, segun los ritos , se acercó á ellos despues de haber orado , y presentándoles humildemente la cabeza : « Os traigo , les dijo con resignacion , una víctima para que la inmoleis. » Algunos de ellos se conmovieron con aquella resignacion , y sintieron desarimada su ira. « Retírate, padre de Cacim, le dijo generosamente uno del grupo , nosotros sabemos estimarte y respetarte. »

Pero otros ménos tolerantes se abalanzaron al dia siguiente sobre él cuando salia del templo con rostros implacables y manos levantadas. « Miserable ,

te atreves, le dijeron, á acusar á nuestros antepasados de error y á nuestras divinidades de impotencia? — Sí, me atrevo! respondió enérgicamente Mahoma.

A estas palabras lo agarraron por el cuello, como quien quiere ahogar la blasfemia en la garganta del blasfemador. A sus manos iba á perecer, cuando su discípulo Abubekre se interpuso intrépidamente entre él y sus verdugos, y lo arrancó destrozado y sangriento de las garras de la muerte.

Pero los árabes sabian cuantas muertes costaba una muerte á los homicidas. Justamente esta ley de sangre por sangre parece haber preservado tanto tiempo á Mahoma de una muerte suspendida sin cesar sobre su cabeza. Pero esta ley no lo preservaba contra otro género de ataques. Ellos convirtieron la vida del profeta en su patria en un largo martirio, que ningún compatriota dulcificaba con sus consuelos.

Él mismo cuenta que su corazón desfallecia bajo el peso de tan universal animadversión. En la noche de un día que habia pasado entero en la ciudad, predicando á los sordos la doctrina que se creia obligado á propagar á todo trance, volvió á su casa sin encontrarse, dice él, ni hombre ni mujer, libre ó esclavo, que no lo hubiese tratado de impostor, ó que á lo ménos se hubiera dignado escuchar su predicacion.

Aquella incredulidad general de sus doctrinas lo hicieron casi dudar de sí mismo. En aquel día parece que sintió esa agonía de las ideas que van á morir dentro de nosotros, cuando no hallan fuera ese eco, siquiera sea solitario, que confirma por lo ménos su identidad, como el rumor del calabozo confirma al prisionero el ruido de sus pasos en el vacío.

Entró en su casa silencioso, consternado, triste, desalentado; cubrióse la cabeza con su manto, se tendió sobre su estera, y se durmió. La inspiracion, mas obstinada que la tenacidad con que el pueblo cerraba sus oídos, lo visitó durante su sueño. Él oyó una voz en su corazón, que le gritaba: « *Tú, que te envuelves en un manto para dormir, levántate y predica!* » Levantóse al amanecer y partió para predicar, como si hubiera recogido la víspera una buena cosecha de almas.

XXXVI

El exceso de los ultrajes que habia recibido dió lugar á una reaccion momentánea de respeto. Insultado en la colina de Safa, adonde habia ido á orar,

una mujer, testigo á distancia del insulto, denunció al insultador á uno de sus tios, llamado Hamza. Hamza volvia de la caza, con el arco en la mano. Dirigióse con sus armas al lugar en que se hallaban reunidos los mayores adversarios de su sobrino, y viendo allí al que habia apedreado á Mahoma durante su oracion, le echó en cara su cobardía, y le hirió levemente con su arco en la cabeza.

La indignacion cambió el alma de Hamza, y ella le hizo profesar, por despecho, las doctrinas que una odiosa persecucion hizo interesantes y recomendables. Como los hombres generosos adoptó la nueva fé, no porque fuese verdadera, sino porque era débil. « Cobarde! dijo Hamza al que insultó á su sobrino, tú te atreves á tirar piedras á Mahoma, porque predica la religion que yo mismo profeso! descarga sobre mí, si te atreves! » El culpable se arrepintió y confesó su falta. Y como sus amigos quisieran defenderlo contra Hamza: « No, dijo él, no lo toqueis; yo he insultado injustamente al hijo de su hermano. »

La conversion de Hamza consoló y fortaleció á Mahoma.

Amansados los viejos coraitas entraron en negociaciones con él, para neutralizar el efecto que su predicacion causaba en la juventud. Invitáronlo á una asamblea en el pórtico de la Kaaba, y uno de ellos le

dijo en nombre de todos: « Hijo de Abdallah, que fué mi amigo, tú eres un hombre eminente por tu nacimiento y por los dones de Dios. Aunque introduzcas la discordia en las familias y perturbes la tranquilidad de tu patria, aunque blasfemes de nuestras divinidades, y acuses de error á nuestros mayores y á nuestros sabios, queremos obrar contigo con la consideracion que merecen tu nombre y tus virtudes; escucha las proposiciones que tenemos que hacerte, y reflexiona si te conviene aceptar alguna de estas medidas de paz. — Habla, dijo Mahoma atento, ya te escucho. — Hijo de mi amigo, repuso el negociador, si el objeto de tu predicacion es adquirir riquezas, nosotros te darémos una fortuna superior á la que haya poseido el mas opulento de los coraitas. Si tiendes á la dominacion, vamos á nombrarte nuestro sayd, nuestro supremo regulador, y nunca tomaremos una resolucion contra tu voluntad. Si el espíritu que te se aparece te persigue y subyuga, á pesar tuyo, de tal manera que no puedas sustraerte á su influjo, nosotros vamos á hacer venir á la Meca los médicos mas famosos de la Siria, y les darémos oro á montones para que te curen.

— Es eso todo? preguntó Mahoma.

— Sí, dijo el anciano.

— Pues escucha ahora, dijo Mahoma con el tono de la inspiracion fatídica :

« En el nombre de Dios clemente y misericordioso,
« Hé aqui lo que él ha revelado :

« Él ha revelado un *Coran* (una escritura), un libro, cuyos versículos separados primero, reunidos despues, forman un libro árabe para los hombres inteligentes.

« Este libro contiene promesas y amenazas ; pero el mayor número se niega á escucharlo.

« Nuestros corazones, dicen los árabes, están cerrados, nuestros oidos sordos á tus palabras. Déjanos creer y orar segun la costumbre de nuestros progenitores, y cree y ora tú como quieras.

« Pero Dios clemente y misericordioso me habla : diles : yo no soy mas que un hombre como vosotros, pero un hombre á quien ha sido revelado que el Dios, vuestro Señor, es un Dios *único* ! Desgraciados de aquellos que le asocian ídolos ! Desgraciados de aquellos que rechazan el precepto de la limosna y que niegan la vida futura ! Él ha llamado el cielo y la tierra, y ellos han respondido : Aqui estamos para obederte ! La retribucion de los enemigos de Dios es el fuego ! Los ángeles llevan al adorador del Dios único, al justo moribundo promesas consoladoras ; ellos le anuncian el jardin de delicias ! »

¡ Despues de esta profesion de la unidad de Dios y de las remuneraciones futuras, segun las obras, Mahoma se prosternó como si se creyera en presencia de las palabras divinas que el espíritu hubiera hecho próferir á sus labios ! « ¡ Tú has oido, dijo al viejo encargado de tratar con él, toma ahora tú mismo el partido que te convenga ! »

El anciano, llamado Otba, se volvió con el rostro encendido de admiracion hácia sus amigos. « ¿ Qué hay ? le preguntaron. — ¡ Por nuestros dioses, les contestó, acaba de pronunciar palabras como jamás las he oido ! No es poesia, ni lenguaje cabalístico, es algo que cae de arriba sobre el espíritu y que renueva el corazon penetrándolo. Creedme, dejémoslo libremente convencer á los árabes de su mision. Algun fiel de una tribu extrangera os librará quizá de él, si su destino es perecer ; si Mahoma, por el contrario, triunfa en su apostolado, su poder será vuestro, y glorificará eternamente á vuestra tribu. — Te ha deslumbrado á ti mismo, le dijeron ellos con incredulidad. — Os digo francamente lo que pienso, » replicó Otba.

XXXVII

Rota aquel dia la negociacion, fué anudada al siguiente entre Mahoma y los mismos hombres políticos de la tribu. Aumentáronse en este las ofertas para comprar al ménos su silencio.

« ¡Escuchad! dijo Mahoma, yo no soy lo que os imagináis; yo no soy ni un hombre que codicia los bienes terrenales, ni un ambicioso sediento de poder, ni un enfermo poseido de un espíritu convulsivo, yo soy un instrumento de Dios, *Alah* (este era ya en Arabia el nombre del Dios de lo infinito, del Dios sin imágenes), que me ha inspirado un *Coran*, una escritura, un libro, y que me ha mandado enseñaros las recompensas ó las penas que recaen sobre los actos buenos á malos de los hombres. ¡Yo os trasmito las palabras que Dios me ha hecho oír; yo os advierto; yo os prevengo; si recibis lo que os traigo, seréis felices en esta y en la otra vida; si rechazais mi enseñanza, tendré paciencia, esperaré á que Dios sentencie entre vosotros y entre mí! »

Estas palabras los conmovieron, y esta confianza

los estremeció. « Pues bien, Mahoma, le dijeron medio convencidos, pero queriendo como hombres carnales, testimonios carnales de las verdades del espíritu, danos, si dices la verdad, pruebas de tu mision: nuestro valle de la Meca es estrecho y árido, ensánchalo apartando las montañas que lo encierran, haz deslizarse por él un rio semejante á las aguas corrientes del Irak ó de la Siria, ó por lo ménos, haz salir de estos sepulcros á alguno de nuestros antepasados dormidos en la tierra, por ejemplo á nuestro abuelo Cossay, hijo de Kilab, á ese hombre cuya palabra tenia la autoridad de las leyes, que se levante, que nos hable, que nos diga que te reconozcamos por nuestro profeta, y nosotros te reconocerémos á su voz!

— ¡Dios, les respondió Mahoma, no me ha delegado para tales obras; él me ha suscitado simplemente para anunciaros las verdades de salvacion!

— ¡Al ménos, dijeron ellos, que tu Dios nos haga ver á uno de sus ángeles que nos mande creer en tí! ó que te dispense comprar en el mercado, como al último de nosotros, el arroz y los dátiles necesarios para tu subsistencia diaria y con los cuales te alimentas lo mismo que nosotros!

— ¡No, dijo Mahoma, yo me guardaré bien de pe-

dir á mi Dios tales privilegios. Mi única mision es convertiros á él!

— ¡Enhorabuena! ¡Pues que tu Dios desplome sobre nosotros su firmamento, como dices que puede hacerlo, porque nosotros no creerémos en tí!

«¡Ni lo que anuncias viene siquiera de tí; esas cosas te las ha enseñado un cierto Erraman, natural del Iemamá! Sabe que defenderémos hasta la muerte nuestra religion, y que será preciso decidir con las armas en la mano entre tu partido y el nuestro!»

Ese Erraman, á quien los árabes atribuian las doctrinas de Mahoma, era uno de los nombres con que se designaba á Dios en el Coran; tambien se suponía que Mahoma recibia lecciones del platero cristiano, que pasaba por el inspirador secreto de una religion semejante á la cristiana, y que mandaba ya venerar al Cristo como al mas divino de los reveladores, profeta de los profetas, Verbo de Dios.

XXXVIII

Habia tanta semejanza en el principio de la mision de Mahoma, entre la profesion de fé del Coran y la

profesion de fé cristiana, que los primeros sectarios de Mahoma en la Meca, refugiados en Abisinia huyendo de la persecucion, fueron recibidos por los abisinos, ya convertidos al cristianismo como semi-co-religionarios.

«¿Qué nueva religion es esa por la cual abandonais vuestra patria? preguntó á los refugiados coraitas el rey de Abisinia, en presencia de sus obispos. Nosotros nos hallabamos sumergidos en las tinieblas, respondieron los árabes. Un hombre ilustre y virtuoso de nuestra raza ha venido: él nos ha enseñado la unidad de Dios, el desprecio de los ídolos, el horror de las supersticiones de nuestros padres, él nos ha mandado que abandonemos nuestros vicios, que seamos sinceros en nuestras palabras, fieles á nuestras promesas, benéficos con nuestros hermanos; él nos ha prohibido el atentar contra el pudor de las mujeres, despojar á las viudas y á los huérfanos, él ha prescrito la oracion, la abstinencia, el ayuno y la limosna. — Como nosotros, dijo el rey. ¿Podriais repetirnos de memoria algunas de las palabras de ese apóstol que os ha enseñado su religion? — Sí, dijo el coraita. Y recitó un capítulo del Coran, en el que se refiere con el mismo estilo de las Escrituras el milagro del nacimiento de Juan, hijo de Zacarías. El rey y los obispos, llenos de admiracion y de piedad

mojaban sus barbas con lágrimas de emoción. « ¡He aquí, dijeron, palabras que parecen manar de la misma fuente que las del Evangelio! Ellos preguntaron á los refugiados coraitas : « ¿Qué pensais de Jesus? »

Djafar, hijo de Abutaleb y primo de Mahoma, respondió con este pasaje del Coran : « ¡Jesus es el servidor de Dios, el enviado del Altísimo, su Espíritu, su VERBO, enviado por él al seno de la Virgen María! — ¡Milagro! ¡exclamaron el rey y sus obispos; entre lo que has dicho del Cristo y lo que dice nuestra religion, no cabe un cabello! ¡Id y vivid aquí en paz!»

Parece con efecto que el islamismo no entraba en el primer pensamiento de Mahoma mas que como un comentario árabe del Evangelio, y que dudó mucho tiempo si se limitaria á declararse apóstol del Cristo, y á predicar la religion del monje Djerdjis y del platero de Marwa á los de su nacion. Pero Mahoma no poseía su espíritu, sino que él era el poseído; sea tension continua de su imaginacion hácia las cosas invisibles, sea alucinacion extática casi habitual, manifiesta en él desde su infancia, y sobre todo desde su desvanecimiento nocturno en la caverna de Safa, sea epilepsia ó catalepsia intermitente, de lo que parece que fué afectado como César y otros grandes hombres, que habian debilitado sus órganos á fuerza de

pensar, parece evidente que Mahoma se veía expuesto á visiones, y sobre todo á *sueños*. Estos sueños y estas visiones se relacionaban naturalmente con las preocupaciones del entusiasta despierto, juzgándolas revelaciones de Alá á su alma. Recogíalas al despertar, revestíalas con el estilo figurado de su nacion, con imitaciones bíblicas y evangélicas adquiridas por el estudio y sus comunicaciones con los judíos y los cristianos que veía en sus viajes; en seguida las pronunciaba en presencia de sus discípulos como leyes directas del cielo trasmitidas por el eco fiel de sus labios. Si se busca alguna señal de artificio solo se puede hallar en la redaccion evidentemente esmerada, literaria, elocuente, poética, de esas páginas del Coran ó de esas predicaciones escritas en las hojas de la palmera, y distribuidas á los árabes como la expresion misma de los espíritus reveladores que se las inspiraban.

Esta redaccion meditada de su código religioso, moral y civil, era evidentemente obra de su voluntad, de su política y su reflexion. El escritor secundaba al profeta. Pero este mismo trabajo del escritor, tranquilo despues del momento de la vision ó del sueño, no prueba que el poeta fuese á sabiendas un impostor. Esto prueba únicamente que durante el acceso habia creído ver, habia creído oír, habia creído

en la divinidad de los sueños, y que empleaba despues todo su talento de legislador y predicador para presentar á los hombres sus revelaciones bajo la forma y en el estilo mas propios para herir su imaginacion.

Los sarcasmos, las persecuciones, el desprecio público y el peligro de muerte que corria todos los dias de su vida, por estas visiones y estos éxtasis, dudosos á veces para él mismo, dan testimonio de su propia ilusion en la ilusion que él comunicaba á los árabes.

Los historiadores no desconfiarán demasiado de esas incriminaciones de impostura que el espíritu de secta y la ignorancia acumulan á distancia sobre los hombres que han renovado la faz del espíritu humano en todos los siglos. La hipocresía no es una fuerza en el hombre, es una debilidad. La máscara hace siempre traicion por algun resquicio. Los grandes hipócritas son grandes cómicos, pero no grandes hombres. El entusiasmo de buena fé es la única palanca que tenga fuerza suficiente para levantar la tierra en peso; pero para que esta palanca tenga todo su poder, es menester por de pronto que tenga su punto de apoyo en la fé de una imaginacion entusiasta, intrépida y convencida.

Tal nos aparece cada vez mas el profeta de los árabes en las vicisitudes de su predicacion religiosa : un

extático creyente, un visionario de buena fé, un entusiasta político, pero á quien su entusiasmo dejaba libre toda la claridad de su genio.

Volvamos á su vida.

XXXIX

Sus enemigos, para libertar al pueblo de la magia de su palabra, le suscitaron un rival que agrupaba en torno suyo á los oyentes que encantaba su elocuencia. Este hombre era un árabe viajero, poeta, filósofo, orador de mucha fama en la Arabia. Su nombre era Nadher. Cuando Mahoma acababa de predicar en la plaza pública, Nadher sonreía con desden, y dirigiéndose al concurso que iba á disolverse :

« Escuchad ahora, gritaba al auditorio, cosas que valen un poco mas que las que os dice Mahoma. » En seguida edificaba y encantaba á sus oyentes con narraciones fabulosas ó heróicas de los dioses y de sus ilustres antepasados. Y engalanaba las viejas mentiras, tan gratas á la imaginacion pueril del pueblo, con todo el prestigio y toda la santidad de la tradicion. « ¡Pues bien ! les decia despues de haberlos em-

brigado de admiracion y de piedad hácia los objetos que constituian el culto de sus mayores, ¿son las narraciones de Mahoma mas bellas que las mias? Él os cuenta fábulas sacadas del libro de los sabios, que son mas profundos que él, y que ha escrito como he hecho yo mismo, enriqueciéndome en mis viajes con todo lo que he aprendido en los otros pueblos y con lo que he escrito con intencion de recitároslo. »

Nadher se atraia á la multitud, halagando los antiguos recuerdos nacionales. Los novadores preferian á Mahoma. Se quiso que hablaran contra él los oráculos, que ejercian en aquel tiempo mucho influjo en la opinion. Una diputacion de los sacerdotes de la Meca se dirigió á Yathreb (Medina), ciudad cercana y santa, habitada por rabinos judíos que tenian fama de poseer una ciencia oculta é infalible.

Los diputados refirieron á los rabinos la discordia que sembraba en el pueblo un novador, llamado Mahoma.

« Vosotros que leéis en los libros que lo saben todo, ¿qué pensais de ese hombre? » les dijeron. Los rabinos contestaron : « — Hacedle tres preguntas, y entre otras, preguntadle qué cosa es el alma. » Mahoma pidió tres dias para meditar. En seguida respondió á gusto de los rabinos ; en cuanto á la definicion del alma, que no cae bajo el dominio de los sentidos, y

que no puede ser definida con palabras enteramente materiales : « el alma, dijo, es un misterio, cuyo conocimiento se ha reservado Dios para él solo. El hombre no sabe mas que lo que Dios se digna enseñarle.

XL

Estas respuestas tan discretas y tan conformes á lo que los oráculos habian confiado secretamente á los diputados, acreditaron la ciencia del profeta. Los jefes coraitas vieron que el único medio de ahogar su voz era dejar que se perdiera en el vacío. Apartáronse de él, y mandaron al pueblo que se retirara cuando él abriera la boca. Esta excomunion de los grandes, de los sacerdotes y del pueblo, aisló el profeta en su patria. El único medio de predicacion que le restaba era una especie de murmuracion, imposible de sorprender en sus labios. Cuando iba al templo á hacer oracion, oraba á media voz, á fin de que los jóvenes que se hallaban próximos á él oyeran y retuvieran sus oraciones.

De esta manera les enseñaba la forma en que se debia adorar y servir al Dios único. Este misterio hizo

mas interesante su doctrina. Sus mismos perseguidores no resistieron siempre á la curiosidad.

Tres de los mas encarnizados contra el profeta se juntaron una noche sin haberse puesto de acuerdo, en un mirador inmediato á la casa de Mahoma, desde donde se podia oír murmurar sus oraciones en el patio. Conociéronse y se echaron mutuamente en cara su infraccion á la excomunion de desprecio que habian lanzado contra el predicador. Separáronse jurando no volver á caer jamás en tal debilidad.

Pero á la noche siguiente, creyendo cada uno de los tres engañar á los otros, volvió en secreto y se acusó vergonzosamente de perjurio. Lo mismo sucedió la tercera noche. « ¿Qué impresion te ha causado el escuchar furtivamente sus oraciones y su profesion de fé? le preguntaron al mas sabio de entre ellos. — He comprendido y admirado ciertas palabras, respondió el enemigo del profeta; las otras no están á mi alcance. — Vergonzoso es para nosotros, dijeron al irse, el permitir que salga de la familia de Abutaleb un revelador cuya gloria enorgullecerá á esa familia y la colocará á mayor altura que las nuestras. »

Estimulado por el zelo del martirio, uno de los discípulos juró quebrantar la prohibicion de profesar el islamismo. Acercóse resueltamente á la plaza y recitó los primeros versículos del Coran :

« Dios ha criado el mundo.

« El sol y la luna siguen la línea trazada por su dedo.

« Las plantas y los árboles lo adoran... »

Gritos desaforados lo interrumpieron; abalanzáronse á él, desgarraron su vestido, y lo hirieron en la boca. Descompuesto y ensangrentado volvió al grupo de los fieles. Me han herido, pero los he obligado á oír algunos versículos del libro inspirado.

La persecucion siguió esta temeridad del discípulo. Tendíase en el suelo á los neofitos del profeta, con el rostro vuelto hácia el ardiente sol del Oriente, con una piedra sobre el pecho para embarazar su respiracion. « Así permaneceréis, les decian, hasta que renegueis del impostor que os predica otro Dios, distinto de los dioses de nuestros padres. — No hay mas que un solo Dios, » respondian las víctimas. Muchos murieron en aquel tormento sobre la colina de Ramdha.

Mahoma, á quien protegían únicamente su alto nacimiento y el terror que inspiraba el resentimiento de su familia, pasaba por junto á los martirizados, y les daba aliento, y consuelo: « ¡Valor! les gritaba, ¡el paraíso os aguarda! »

XLI

Sin embargo, el espectáculo de los malos tratamientos y de los suplicios sufridos en su presencia, por los sectarios de su doctrina, ménos protegidos que él por el influjo de su familia, consternaba y humillaba al filósofo. Él mismo los excitó á librarse del furor de sus conciudadanos, y á buscar una tierra en donde fuera licito adorar sin crimen al Dios de Abraham. La primera emigracion partió de la Meca. Los emigrados tomaron el camino, los unos de Yathreb ó Medina, ciudad en donde se toleraban los judíos; los otros hácia Abisinia, donde el pueblo era cristiano. Mahoma permaneció en la ciudad para cuidar y aumentar la cosecha de las almas que maduraba una á una con el calor de sus predicaciones.

En aquella época se convirtió Omar, que debía de ser un día kalifa y soberano de la Siria y del Egipto. Omar, hijo de una de las mas poderosas casas de la Meca, tenia una hermana casada con Zayd, discípulo secreto de Mahoma. El fogoso Omar se levantó un día de su alfombra en el pórtico de la Kaaba, diciendo

que era menester acabar con un hombre que inficionaba el espíritu y el corazon de las familias, y que él iba á matar á Mahoma. « Qué vas á hacer, le dijo uno de sus parientes que se inclinaba interiormente hácia la nueva secta, y que queria salvar la vida del maestro; si quieres castigar á los infieles comienza por los tuyos; no sabes que tu cuñado Zayd y tu hermana Fátima practican en su casa la nueva fé? »

XLII

Ansiando Omar asegurarse de la infidelidad de Fátima y de Zayd, se dirige á toda prisa á su casa. Sorpréndelos en compañía de un neófito que les leia y les explicaba el Coran. Al ruido de sus pasos, se oculta el neófito como si fuera un criminal, y Fátima oculta bajo la alfombra las hojas del libro; pero Omar que habia oido el rumor de una lectura á media voz: « ¿ Qué estabais leyendo? les preguntó. — Nada, respondió Fátima. — Mentís, replicó Omar, leiais el libro proscrito. » Y abalanzándose hácia Zayd, lo derribó á los piés de su hermana. « ¡ Pues bien, sí! exclamó Fátima indignada é interponiéndose entre su